



## PROFESOR FÉLIX F. OUTES

---

Con la muerte de Félix F. Outes, acaecida el 9 de setiembre de 1939, en la Capital Federal, desaparece el último superviviente de la que he llamado la segunda generación de los arqueólogos argentinos. Iniciada esta disciplina, en nuestro país, por los esfuerzos aislados, dentro del conjunto de sus actividades científicas, de Moreno, de Ameghino, de Zeballos y, sobre todo, por la labor ciclópea de Ambrosetti que a ella dedicara su vida, fué continuada luego por tres jóvenes estudiosos que, provenientes de diversos campos, habían de ir abandonando orientaciones iniciales para coincidir en la de la investigación arqueológica : Luis María Torres que provenía del derecho, Salvador Debenedetti de la poesía y Félix F. Outes que había frecuentado por igual las aulas de la jurisprudencia y de la medicina, después de haber hecho sus estudios primarios en la Academia Británica y cursado su bachillerato en el Colegio Nacional Central. No es de creerse que jamás pensara Outes, al trasponer a los diecisiete años las puertas del severo case-rón de la calle Moreno, sede por ese entonces de la Facultad de Derecho,

que siete lustros más tarde otra Facultad de su país, en la que profesara con autoridad en diversas cátedras, coronara su vida designándole Director de un Museo que, por extraño azar de las circunstancias, había de ser trasladado, bajo su dirección, a esa misma casa.

Toda su vida es, aparte de esa dispersión universitaria inicial propia del joven estudioso que busca su vía dentro de vocaciones imprecisas o contrariadas por obstáculos de carácter económico, ejemplo de un largo y sostenido esfuerzo en torno a los problemas que suscitan las « ciencias del hombre ». Si dejamos de lado una fugaz actuación de tres meses como Oficial Mayor de la Biblioteca Nacional, allá en 1902, de la cual le quedó una admiración sostenida por Paul Groussac, desde mediados del año siguiente le encontramos ya como adjunto honorario a la Sección Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, cargo que mantuvo hasta los últimos días de 1911, aunque no fué en esa Institución en la que se formó más completamente ni en la que publicó sus primeros trabajos.

Éstos provenían de 1897 y 1898, años en los que había publicado tres estudios sobre los querandíes y alguna nota crítica, continuando en los subsiguientes con esta tarea bibliográfica, ya en breves ediciones privadas (a la manera de las dos hechas sobre aquellos indígenas mencionados por Schmidel), ya en los *Anales de la Sociedad científica argentina* en los cuales comienza a aparecer su firma con frecuencia en artículos que, a veces, como el referente a la necesidad de fundar una Sociedad de Americanistas, encuentran repercusión en otros países de América y aún en Europa. También la *Revista Nacional* le cuenta en el número de sus colaboradores y, pese a su repugnancia por llevar a las columnas de los diarios políticos las controversias científicas — tal como lo reprochara más tarde a Ameghino en su estudio sobre las escorias volcánicas — colabora en *El Tiempo y La Nación*.

En 1903 acomete, con Luis María Torres, la ardua tarea de poseer un órgano de expresión propio. De ahí nace *Historia* que, si bien tiene la vida efímera de su primer y único tomo, sirve para mostrar las posibilidades de investigadores y las garras de publicistas de ambos jóvenes. La producción de Outes para esta su revista, ya en punto a memorias originales — como su estudio sobre el puerto de los Patos, que nació como respuesta a unas observaciones del general Mitre y en el que realiza un sólido examen de la cartografía colonial y de las crónicas, así como de la bibliografía portuguesa y brasileña — ya en punto a notas críticas, es singularmente copiosa, terminando el año con una memoria histórico-geográfica en *Estudios* y diversos artículos en *El Diario*.

Su incorporación, ese año, al Museo de Buenos Aires, que ya he señalado, se traduce, desde el siguiente, en nuevas aportaciones bibliográficas. Es allí donde se publica su *Arqueología de Huacal (Gobernación de la Pampa)* y su *Alfarería indígena de Patagonia*, estudios breves ambos, pero que, por la novedad de sus temas y la seriedad de su investigación, tienen muy buena

crítica, nacional y extranjera. Pero, de mayor aliento y de más vasta resonancia en las revistas sabias es, al año siguiente, su nutrida *Edad de la Piedra en Patagonia*, obra hoy ya anticuada, pero que constituye el mejor trabajo de conjunto acerca del instrumental de la región y significa un hito en su conocimiento y clasificación. La Sociedad Científica publica sus observaciones a Boman, en las que hace tanto despliegue bibliográfico y que son una buena inquisición sobre la etnografía tupí-guaraní. Otro tanto ocurre en su memoria « puramente descriptiva », *Sobre un instrumento paleolítico de Luján*, editada por el Museo de Buenos Aires, en la que cita toda la bibliografía anterior y recomienda su lectura. Los instrumentos y armas neolíticos de Cochicó (Mendoza) y los instrumentos modernos de los onas, constituyen, respectivamente, los temas que desarrolla en otros dos trabajos publicados en los mismos prestigiosos *Anales*. Era la época feliz en que aún « la Argentina es un país inexplorado », para decirlo con el título de uno de sus anteriores artículos de *El Diario*. Tanto que, respecto a aquel instrumental de los onas, Outes no puede, a pesar de su siempre notable afán por agotar las citas de trabajos precedentes, anotar más que « una conferencia que dió el minero Julio Popper » y la aislada descripción de un instrumento.

Su colaboración en las series de publicaciones del Museo de La Plata comienza por un índice de los artículos contenidos en los trece tomos de su *Revista*, labor si se quiere mecánica pero indispensable, pero por la que, en su nueva condición de Secretario general, bibliotecario y director de publicaciones del Museo, ponía en manos de los estudiosos ese elemento de confrontación y de búsqueda. Mas, desde 1907 — y en razón de haber sido designado también, al comenzar el año escolar anterior, profesor adjunto de Etnografía en la Facultad de Ciencias Naturales de aquella Universidad — su colaboración va a ser de carácter científico. Así publica, *Alfarerías del noroeste argentino*, con las más magníficas reproducciones de vasos que se hayan hecho hasta el presente — pese a algunos errores de reproducción y aún de agrupamiento de las piezas, que no le es imputable por haber hallado las planchas impresas — en tanto que, paralelamente, da a conocer la arqueología de San Blas, en Buenos Aires.

El período 1908-10 es importante en el desarrollo de sus actividades científicas. Corresponde a su intervención (con Enrique Herrero Ducloux y H. Bücking) en la discusión del problema referente a la existencia o no existencia de « escorias » y « tierras cocidas », que Ameghino postulaba como probatorias de la antigüedad del hombre en la Argentina. Esta intervención, desestimatoria de la teoría del sabio director del Museo de Buenos Aires, encontró amplia resonancia en los círculos científicos mundiales y originó, con el creador del hipotético *philum* una polémica ardorosa, al gusto de la época. Pero — y como ya lo hizo notar al final de la misma Marcellin Boule, en una nota crítica en *L'Anthropologie* que Outes reprodujo traduciéndola en edición privada — a los dictérios y embates personales de Ameghino, de

agresividad latina bien probada, Outes respondió con la medida y la discreción (desgraciadamente no siempre notorias en sus escritos) que, en esta ocasión, le dictaban la edad, la posición pública y la larga vida de labor de su eminente contendor. En 1910 una nueva memoria, esta vez sólo con Bücking, remachaba las probanzas anteriores con nuevos elementos de comparación, llegando a la conclusión de que las supuestas « escorias » y « tierras cocidas » eran respectivamente, lavas andesíticas y tobas eruptivas. Sin embargo, nunca verificó la publicación de la obra de síntesis y valoración crítica que por ese entonces anunciara : « je m'occupe de réaliser une investigation euristique minutieuse de toutes les antécédents relatifs à l'homme quaternaire des plaines argentines, dans l'intention de les soumettre, une fois réunis, à une sévère critique de restitution et de provenance qui se terminera par la conséquence herméneutique ». Todo ello, con un « propos absolument impersonnel, dépuratoire et dont le seul désir est d'arriver à la vérité primitive ». Los años han ido poniendo a prueba la seriedad de las observaciones de Outes y de las conclusiones de los exámenes de laboratorio de sus colaboradores y exámenes más modernos, debidos a Fred. Eugene Wright y Clarence Fenner — hechos sobre la base de materiales recogidos por Aleš Hrdlička y Willis — tienden a la demostración de que pueden ser el resultado de una acción pirogenética humana.

Desde fines de 1909, designado profesor suplente de antropología de la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata, comienza a intensificar su producción de antropología física que había comenzado, nueve años antes, con su nota crítica sobre un estudio de Roberto Lehmann-Nitsche acerca de tres cráneos conservados en el Museo de La Plata. Así publica sus *Observaciones sobre la complicación y sinostosis de las suturas del cráneo cerebral de los primitivos habitantes del sur de Entre Ríos* y los resultados iniciales antropológicos de su primer viaje a Chile, realizado del 10 de febrero al 5 de abril del año anterior, recorriendo aquel país de Coquimbo a Llanquihue, bajando a Puerto Montt, pasando al Nahuel Huapí, regresando por Peulla y visitando, en fugaz excursión marítima, los archipiélagos de Chiloé, Guaitecas, Chonos, etc., hasta la Isla Dawson, volviendo a Buenos Aires vía Malvinas y Montevideo. Insistiendo más tarde en el estudio de las variaciones y anomalías anatomo-antropológicas de las series de cráneos entrerrianos, en un par de monografías publicadas por nuestro Museo y por la Sociedad Científica Argentina, respectivamente. Hace allí una buena exhibición de la bibliografía antropológica europea — principalmente Schwalbe, Klaatsch, Topinard, etc., — y describe minuciosamente las características de series provenientes, sobre todo, del cementerio de Mazaruca, ya descrito por Torres en *Historia*. Y no olvidemos su conferencia de iniciación de curso acerca del hombre fósil de Grimaldi, cuyos hallazgos sintetiza brillantemente.

En cuanto a la arqueología — designado profesor adjunto de tal disciplina en la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata, a comienzos de 1911 —, había ya publicado su estudio sobre las alfarerías mexicanas en-





contradas en la provincia de Buenos Aires, que él identificó como procedentes de San Juan de Teotihuacán; dos memorias sobre pretendidos instrumentos paleolíticos de Montevideo y otros neolíticos bonaerenses; con el acostumbrado despliegue bibliográfico, sobresaliendo una nota lingüística sobre el origen de la voz « Chapadmalal », y otra con respecto al problema de los eolitos; otra monografía describiendo la cerámica chiriguana, en la que va analizando el procedimiento de modelaje, las formas, el decorado, los usos y — volviendo sobre sus observaciones a Boman — la finalidad funeraria de buen número de esos vasos.

Su importante monografía titulada *Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba*, publicada por nuestra *Revista*, en el propio año, es una síntesis de cuanto por ese entonces se sabía acerca de aquella región mediterránea. Sus citas de pie de página no sólo se refieren a los comechingones, propiamente dichos, sino que traen a colación, en oportunidades, fuentes que se refieren a sus vecinos diaguitas o a los fautores de la cultura chaco-santiagueña. Tal estudio es un antecedente ilustre de las investigaciones de Aparicio acerca de la vida material de esos pueblos, y de Gardner con respecto a la decoración de vasos y al relevamiento de petroglifos y pictografías.

Con este trabajo da fin a su intervención personal en la Facultad de Ciencias Naturales y en el Museo de La Plata, del que se retira luego de haber dirigido la publicación del tomo inicial de los *Anales*, cinco volúmenes de la *Revista* y los dos pequeños tomitos de la *Biblioteca de difusión científica*. Por fin, una breve nota en *Physis*, identifica algunos instrumentos pequeños de piedra, de forma insólita, como flechas para pájaros.

Dichas investigaciones sobre culturas correspondiente a pueblos australes se continúa, en los años próximos, con otros trabajos: el examen de los materiales hallados en la gruta sepulcral del Cerrito de las Calaveras, próxima a Puerto Madryn, en la Gobernación del Chubut, hallazgo hecho y relevado minuciosamente por el profesor Martín Doello-Jurado, naturalista viajero perteneciente al personal técnico del Museo Nacional de Historia Natural, le ha de permitir una nueva y erudita monografía (con la colaboración del doctor Angel H. Roffo) para un examen anatomo-patológico de los restos óseos encontrados. Las prácticas de esqueletización, así como el material arqueológico logrado *in situ* como ajuar funerario, hallan una prolija confrontación con los dichos de la crónica y de autores contemporáneos. De igual modo, las hachas insignias y las placas grabadas constituyen el tema de sendas monografías críticas y adelantan el conocimiento de nuevos ejemplares. Por último, otra breve nota en *Physis* da noticia del hallazgo de un arpón de hueso en la región de Cabo Blanco.

Los temas de etnografía y etnología — recordemos sus observaciones respecto a las diferencias entre ambas disciplinas — se expresan en su estudio de los asuntos decorativos bíblicos en los objetos del ceremonial payaguá y en *Cuestiones de nomenclatura paleoetnológica*. Pero, desde 1917, vuelve

a los temas de arqueología y de etnografía del litoral, que habían constituido los motivos iniciales de su interés por esos estudios, aunque alternándolos con los de otras regiones. Así escribe acerca del primer hallazgo de material arqueológico en Martín García, asunto que lo pone en conexión con la arqueología del litoral, señalando, el mismo año, el *Valor del hallazgo de una pipa de piedra tallada en la provincia de Entre Ríos*, y publicando en el siguiente su *Nuevo jalón* y sus *Nuevos rastros de la cultura Guarani*, breves monografías críticas destinadas a definir las características no sólo arqueológicas sino también etnográficas de la cuenca del Paraná, región en que reconoce la existencia de dos culturas diferentes: la una guaraní y la otra extraña a dicho etno. Esta cuestión del número de las culturas del litoral paranaense, me envolvió, pocos años más tarde, en una ruidosa discusión — a la que había llegado inesperadamente, en un momento de juvenil ingenuidad e inexperiencia — que si no llegó a polémica fué porque vi cerradas para mí las mismas puertas desde donde se me atacaba tan duramente. Que el propio Outes reconoció, andando el tiempo, que — como dicen los juristas — se había excedido en la defensa, es cosa sobre la que no tengo duda alguna. Sus tiros, más que sobre mí, blanco aparente, tendían por elevación a voltear a un su « enemigo íntimo » con quien tenía esa enemistad profunda, separada por treguas irregulares, que debe caracterizar a los hermanos siameses cuando no resultan avenidos... No es el caso de insistir demasiado sobre este aspecto desdichado de la vida gremial que, felizmente, parece hoy haber sido superado. Sólo señalaré, para una mejor caracterización de nuestro personaje que — sin haber tenido conmigo más conocimiento directo que aquel lejano y desagradable episodio — no dudó, al ser consultado confidencialmente dados sus prestigios de especialista, en auspiciar mi nombre para sustituir a Luis María Torres en la cátedra de Prehistoria Argentina y Americana de la Facultad de Humanidades de La Plata, cargo titular que me era disputado después de haber ejercido a conciencia mis deberes de suplente durante casi diez años... Que me votó para Secretario de la comisión ejecutiva que tenía a su cargo la organización del XXVº Congreso Internacional de Americanistas y para Secretario general de ese certamen. Que me facilitó la plancha de cobre con el grabado de San Eloy cuya reproducción luce en las páginas luminaras de mi *Ensayo sobre los artifices de la platería en el Buenos Aires colonial*. Que me permitió el examen de de una flauta de pan lítica, hallada por Ambrosetti en La Paya que empleé para una nota sobre el área de distribución de ese tipo de instrumentos musicales y que, espontáneamente, me ofreció los materiales colectados por Debenedetti en Titiconte, si Casanova, como ocurrió luego, no se interesaba en estudiarlos. Digo todo esto porque le hace honor y por que atenúa, con un ejemplo del que estoy seguro, ciertas tristes leyendas respecto a modalidades crueles y desagradables de su carácter, raro, por cierto, y en ocasiones lindando con lo extraño, pero sensible a ciertas normas indubitables de ética y de responsabilidad.

Profesor interino de geografía humana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, por breve tiempo (1914-1915) y miembro del jurado de profesores suplentes — de esta asignatura, más tarde (1919-1920) — así como lo fuera de los de antropología, arqueología y biología, en ocasiones diversas — su competencia geográfica se traduce en numerosos trabajos y en la cátedra titular, que ejercitó desde principios de 1915, así como en la dirección del Instituto de Investigaciones geográficas, de aquella Facultad, que él organizó y dirigió desde fines de 1917. Su anteproyecto de instalación definitiva de la sección de geografía, su agrupación sistemática de la bibliografía geográfica y la correlativa regesta cartográfica, sus memorias, demuestran su dedicación y su competencia.

En ese aspecto desde 1903, año en que publicó su documentado estudio sobre *El Puerto de los Patos y la geografía de la región adyacente en la época de la conquista*, Outes, señaló — hasta en meras notas informativas, como la que dedica, ese mismo año, al libro de Vidal de la Blache sobre cartografía de la Guayana — su interés por esta disciplina. Muchos de sus estudios etnográficos tienen, según se ha visto, un sólido fundamento geográfico. Recuérdese, por ejemplo, sus *Notas para el estudio de la geografía histórica rioplatense. La matanza y el río de los querandies*. En los últimos años esta preocupación se intensificó dando por fruto su intento de reconstrucción del itinerario de los viajes de Cardiel y su compilación y descripción de mapas coloniales, editados ambos con todos los necesarios recaudos de pulcrísima edición.

En materia histórica, su nombramiento como miembro de número de la Junta de Historia y Numismática, en 1914, consagra la importancia de sus colaboraciones. Fuera ya del dominio arqueológico, antropológico y etnográfico — disciplinas tan vinculadas con la historia que pueden ser consideradas, desde cierto punto de vista, como ramas de aquélla — son numerosas sus monografías propiamente históricas. Tal actividad comenzará por señalarse en su breve nota sobre *Mitre bibliófilo*, publicada en *Caras y Caretas*, a mediados de 1901. Sigue al año siguiente con su memoria acerca de *El primer establecimiento español en el territorio argentino*, noticia histórico-geográfica que se imprime en los *Anales de la Sociedad científica argentina* y continúa, de tanto en tanto, floreciendo en el conjunto de su obra. Recordemos: *Memorias póstumas del brigadier general don Cornelio de Saavedra. La Junta de Historia y Numismática americana. Su evolución. Sus trabajos, Un retrato raro del general don Manuel Belgrano, Nuestra primera historia. La reedición de Schmidel, Don Juan de Garay. Circunstancias que rodearon su muerte. Estudio histórico-geográfico, Formación del « Gabinete del Rey »*, *Los supuestos túmulos de Pilar (provincia de Buenos Aires)*, etc. Puede incluirse en este grupo su monografía antropológico-histórica sobre *Los restos atribuidos al dictador Francia*, en la que utilizando la antropología como disciplina auxiliar de la historia, niega la autenticidad de ciertos restos óseos que se suponía fueran los del tristemente



célebre gobernante del Paraguay. Así como la publicación de algunos documentos históricos, tales como los contenidos en su breve folleto *La diplomacia de la Revolución. Misiones de Mariano Moreno al Brasil y a Inglaterra*. El propio título de su fugaz revista de juventud — *Historia* — o la descripción de las nueve piezas bibliográficas procedente de la Imprenta de los Niños Expósitos, muestra su interés de intelectual por todo lo que atañe al panorama histórico. Más, aún. Se proponía publicar una obra titulada « La evolución de las ideas subversivas en el Río de la Plata y la formación de los grandes partidos argentinos », que — como su anunciada memoria sobre los subterráneos coloniales bonaerenses — nunca llegó a hacer conocer. También cultivó con asiduidad la investigación en punto a lingüística. Con respecto a ello publicó monografías diversas, a partir de 1913, año en que la *Revista de la Universidad de Buenos Aires* editó su memoria *Sobre las lenguas indígenas rioplatenses*. Al año siguiente, *Un texto y un vocabulario en dialecto Pehuenche del siglo XVIII*, mostraba ya que ésta no sería en su vida una actividad ocasional. Posteriormente recordaremos, a manera de muestra, *Los trabajos lingüísticos atribuidos a Teófilo F. Schmid y la labor de Federico Hunziker* — trabajo que si bien sobre tema lingüístico investiga valores con un criterio histórico — y la compilación y publicación de vocabularios indígenas tales como *Datos sobre la ergología y el idioma de los yamana de Wulaia (Isla Navarino)*, *Vocabulario y fraseario Gennakenn (Puelche)*, *Versiones al Aónükün'K (Patagón meridional) de textos religiosos cristianos*, *Un texto Aónükün'K (Patagón meridional) para incitar a la caza* y *Las variantes del vocabulario Patagón reunido por Antonio Pigafetta en 1520*, monografías editadas todas por nuestra *Revista del Museo* y en las que el autor hace gala de su amplia erudición etno-lingüística.

Por último señalaremos su aporte a la docencia. Las « ciencias de hombre » carecían de un manual que permitiera comenzar a conocer las condiciones de vida de los indígenas que poblaron el territorio argentino. En 1910 el profesor Outes, con la colaboración artística de don Carlos Bruch, realizó una colección de seis cuadros murales, para uso de las escuelas, acerca de *Las viejas razas argentinas*, acompañándolos de un texto explicativo. El éxito que coronó a esta iniciativa, llevó a ambos autores a colaborar de nuevo, e inmediatamente, en la realización de un pequeño y sintético manual, adaptado a los programas de las escuelas primarias y de los establecimientos de enseñanza secundaria del país, bajo el título de *Los aborígenes de la República Argentina*. Ese manualito — cuyo texto Outes me refirió personalmente haber escrito en una semana — fué durante mucho tiempo el único aporte escolar para esta clase de estudios y suele ser utilizado, aún hoy, en algunos cursos, aunque, naturalmente, el tiempo transcurrido desde su publicación haya marcado su huella en más de una página.

Al producirse en 1930, el retiro del doctor Roberto Lehmann-Nitsche

del ejercicio de la cátedra de Antropología, Outes — suplente desde 1908 — fué designado interino y, al año siguiente, elegido titular de la misma. Esta es la época de culminación de su larga y fructuosa vida universitaria. Ya en 1921 se le había designado delegado titular ante el Consejo superior, en reemplazo del doctor Ernesto Quesada. En 1923 había pertenecido al Consejo directivo de la Facultad de Filosofía y Letras. Al finalizar 1930 este Cuerpo lo nombra Director del Museo Etnográfico — al que entonces, y a su pedido, se denomina Antropológico —, cargo en el que sucede a Salvador Debenedetti. Casi ocho años duró su dirección en ese Instituto — cuyo primer Director fué Juan B. Ambrosetti — caracterizada por el traslado al local de la calle Moreno, por la modernización de las instalaciones y aun de parte del vetusto edificio, por la realización de viajes de estudio de sus colaboradores inmediatos, por la exhibición de algunos nuevos materiales, como los muy discutidos del Arroyo de Leyes, y por la publicación — minuciosa y preciosamente editada — de novísimas series bibliográficas : así nacieron *Solar* y los tomos primeros de la serie A de *Publicaciones*, así como sus últimas producciones de geografía histórica a que ya he aludido. Puso en ese empeño editorial toda su pulcritud y minuciosidad extremadas que, en ocasiones, se acentuaban hasta adquirir contornos casi enfermizos, llegando hasta a cambiar « dictatorialmente » algún título de los trabajos que allí editara por no convenir a los efectos tipográficos. Cierto es que tales disposiciones tendían a lograr, para aquellas publicaciones, una uniformidad y dignidad de impresión antes no obtenida en ediciones oficiales.

Su actuación al frente de la Dirección del Museo duró hasta abril de 1938, fecha en la que se aceptó su renuncia, así como la de profesor titular de las cátedras de Geografía Humana y de Antropología y Etnografía general, por haberse jubilado. Retiróse, asimismo, de la presidencia de la Sociedad argentina de antropología, que le contaba entre el exiguo número de sus especialistas fundadores, que le había consagrado su primer presidente y en cuyo seno había él publicado — en edición limitadísima, como sus trabajos iniciales sobre *Los querandies* — sus últimas aportaciones. En septiembre de aquel año, el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras le designó, justicieramente, profesor honorario.

Con mucha más inclinación personal por la investigación que por la docencia, Outes fué hombre excepcionalmente combativo y combatido. Si bien discutió con Ameghino, en los comienzos de su carrera de publicista, « en conservant l'équanimité qui doit présider aux spéculations désintéressées de la science pure », si al hacer la crítica de ciertas afirmaciones de Boman, declara que sus observaciones « Se hallan inspiradas en un propósito sano, no en la malevolencia que desvirtúa la obra más acabada », no supo mantener siempre tal sangre fría. No fué suya toda la culpa. El « clima » en que se sostenían las relaciones personales entre los especialistas era, en el terreno de la antropología general, hartamente desagradable. La paz armada reinaba soberana y la desconfianza recíproca era la norma habitual. Su va-

lentía para decir las cosas desagradables — doblada de una causticidad a veces feroz y de una aplastante erudición — le hacían extremadamente peligroso. Recuérdese en *El primer establecimiento español* la reproducción literal de una carta dirigida por él a cierto descendiente de un historiador, a quien solicita en vano el préstamo de algunos documentos y los reiterados comentarios irónicos sobre esta « admirable discreción », que es, asimismo, un « detalle gráfico de civilidad criolla ». En su *Juan de Garay*, subraya que « el *snobismo* metropolitano ha olvidado el caro deber de honrar la memoria del valeroso vizcaíno, para exteriorizar en cambio su impresionabilidad latina, en homenaje a personalidades exóticas o aventureros más o menos vulgares ». En su *Informe sobre la IV reunión del Congreso científico (1º Panamericano)*, celebrado en Chile, tiene palabras inusuales, por su vigor, para la condenación de tal conferencia, a la que concurrió como delegado de la Universidad de La Plata. Las citas podrían repetirse, en la extensión que se quisiera. Esta virulencia interior, que de tanto en tanto aflora a la superficie, es una característica de su estilo. La otra es su afán de esmaltar la frase castellana con palabras exóticas. No siempre se trata de vocablos técnicos — *Kulturkreis*, *Kultur lager*, *Naturvölkern*, *missing link*, *ouillage*, podrían pertenecer a ese grupo y serían excusables — sino aun de voces que tienen sus equivalencias perfectas en nuestra lengua. Para decirlo a su manera, una *enquête* poco profunda permitiría multiplicar los *renvois*, dentro de su producción, hasta formar un *dossier* que, editado, daría lugar a una primorosa *plaque*. Pese a ello, su anhelo eurístico, su discernimiento crítico, su capacidad de ensamblamiento de los datos reunidos, asignan a su labor escrita un valor singularísimo en el conjunto de nuestra bibliografía nacional. Outes, que ya en sus observaciones a Boman postula que « la arqueología es una ciencia experimental que obliga por completo a dejar de lado los procedimientos apriorísticos », trabajó siempre por elevar el nivel crítico de la producción argentina, en todas las disciplinas en que produjo. Su obra, sujeta a todas las rectificaciones que son propias del avance en el conocimiento de esas ciencias, señala un jalón importante en la bibliografía científica nacional.

Así lo entendieron las sociedades sabias de Europa y América, que le ofrecieron puestos de honor en su seno. Fué miembro correspondiente de la Société des Américanistes de l'École y de la Société d'Anthropologie, de Paris; miembro activo de la Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte, de Berlín, y de la Anthropologische Gesellschaft, de Viena; de la Società italiana d'Antropologie, Etnología e Psicologia comparata, de Florencia, y de la Società Romana di Antropologia; del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, de Londres, y de la American Anthropological Association, de Nueva York; miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la Sociedad Geográfica de Lima, de la Sociedad chilena de Folk-lore y de la Academia Nacional de la Historia de Quito.

Félix F. Outes pertenecía a una familia de viejo arraigo en nuestro país. Este sabio evocador de las cosas de nuestro pasado coqueteaba un poco con el viejo tronco gallego de su rama paterna, alardeando, por veces, en su charla amistosa, con un su antepasado ilustre, San Diego de Outes, procedente de un lugarejo cercano a La Coruña, en la riente y ondulada campiña galaica, así como se decía descendiente de uno de los miembros de la expedición de don Pedro de Mendoza, primer adelantado y fundador de Buenos Aires. Tal filiación del linaje, de ser exacta, explicaría acaso su predilección inicial por el estudio de los querandíes sacrificadores de aquella primigenia y heroica población, así como por la topografía y las condiciones iniciales de estos pagos bonaerenses, preocupación que perdura a lo largo de toda su copiosa obra escrita. Cierta o no, la familia tiene una larga radicación salteña, entre cuya sociedad se cuenta desde antiguo. Esta nota patricia pone un toque de ancestral españolismo y de acendrada argentinidad en la vida de este sabio, cuyo nombre y cuya labor se citan con auspicio en los más rigurosos centros científicos del mundo.

*Fernando Márquez Miranda.*